

Reseña de "Adolescentes sin Adolescencia; Reflexiones en torno a la construcción de subjetividad adolescente bajo el contexto neoliberal"

Alejandro Klein ¹

Este libro marca para el autor el comienzo definitivo de una metodología de investigación que se ha mostrado fecunda, pero también ineludible: trabajar desde aportes del psicoanálisis, la antropología, la psicología social, la sociología, los procesos psico-sociales e institucionales y del trabajo social, queriendo establecer una ruptura epistemológica con la forma tradicional de abordar el tema de la subjetividad (evitando tanto el sociologismo, como el psicologismo), y estableciendo la relevancia del debate, como capacidad de discusión, de intercambio amplio de ideas acerca de la sociedad en qué vivimos y cómo circula en la misma el significado de adolescencia, adultez, familia, femineidad, masculinidad, subjetividad y sociedad. Todo en algún punto tiene puntos de correlación, tanto como espacios disyuntivos. Solo un pensamiento crítico y complejo puede describir tanto uno como los otros.

Por dar un ejemplo banal, es muy fácil decir: "la adolescencia es una construcción social", lo complicado es determinar dónde, cuándo y cómo. En este sentido este libro es continuación de uno anterior: "Imágenes del adolescente desde el psicoanálisis y el imaginario social. Condiciones de surgimiento de la adolescencia desde la modernidad y el disciplinamiento adolescentizante desde la pos-modernidad" (Psicolibros- 2002, Montevideo, Uruguay, 118 páginas- ISBN: 9974-7688-1-0), donde se trata de dar una respuesta precisa e interdisciplinaria a tales interrogantes.

Los contextos sociales y de construcción de subjetividad (o subjetividades) verifican múltiples entrelazamientos y apuntalamientos, por lo que una no puede dejar de influir o estar presente en la otra. Sin embargo, muchas veces se habla de una subjetividad que ha surgido y se ha expresado desde la modernidad o la sociedad tradicional, sin tener en cuenta que la misma sufre cambios substanciales. Es obvio indicar que este malentendido no puede sino tener consecuencias a nivel de tratamientos y de estrategias desde la Salud Mental.

Por ende, este libro hace especial hincapié en el estudio de figuras de mediación, como puntos de articulación entre campos heterogéneos, a través de cuyo estudio se abre, a mi entender, una perspectiva de trabajo e investigación tan ardua como apasionante. De esta manera indago en cómo los fenómenos sociales no pueden dejar de tener incidencia en la caracterización de la subjetividad. Lo que implica que no hay una subjetividad general e incambiable. Hay subjetividades y procesos de subjetivación, lo que hace imprescindible investigaciones que den

¹Correspondencia: Dr. Alejandro Klein.C/ C. de Pedro Arnal Cavero, 26, 50014 Zaragoza.
email: alejandroklein@hotmail.com

cuenta de las mismas.

Pero los tiempos de cambio, transición y emergencia de los procesos subjetivos son siempre dispares y “*lentos*” en relación a los procesos sociales. De allí que la configuración subjetaria puede reflejar perfectamente rasgos de un *vaivén* entre una sociedad tradicionalizante que “*fue*”, con énfasis en una subjetividad ciudadana y una sociedad desconcertada que “*es*”, con énfasis en una subjetividad vacía, de borde o de crisálida, términos a los que se vuelve enseguida.

La sociedad escasa o de modernidad desconcertada, tal como la denomino hoy en día, implica en rasgos muy generales una situación en que la comunidad niega sus fundamentos, provocando la violencia generalizada entre sus sujetos y contra sus sujetos. De esta manera el contrato narcisista (Aulagnier, 1975) se resiente afectando la continuidad, la permanencia y el cambio. Los lugares ofrecidos por el colectivo se resienten y escasean generándose una política de muerte y expiación.

Es el largo y *agónico declive* del lazo social, el contrato social, los sistemas expertos y la asunción de lo precario y luego de lo precario: *la precariedad de lo precario*, fórmula psicosocial con la que intento explicar la preeminencia de la ansiedad generalizada, la imposibilidad de la autoestima, lo ominoso, la banalidad del mal y lo terrorífico como los marcos existenciales y societarios en los que habitamos los homínidos hoy.

La sociedad keynesiana alentaba y proponía una matriz socioeconómica que era relativamente estable, con instauración de un porvenir probable y declaración de una promesa alcanzable. Se trataba de mantener como telón de fondo o metaencuadre, un contexto económico previsible con estabilización social. Una especie de homeostasis social propia del principio de constancia (Laplanche-Pontalis, 1981), principio de funcionamiento psíquico tanto como regulador social y organizador familiar. De esta manera la adolescencia era un espacio de llegada y experimentación para los jóvenes, con la promesa de integración social generando un pasaje posible a un estado adulto que a su vez recibía apuntalamiento desde otro espacio social llamado “*adultez*”.

Por el contrario, desde el neoliberalismo - como modelo social, económico y político- y más aún desde la sociedad desconcertada, se genera un “*desapuntalamiento*” de la adolescencia como espacio de vida, investigación y júbilo (Urribarir, 1990). Simultáneamente, con la “*rotura*” de un tejido social y cuando el principio de constancia se rompe, los sistemas explicativos plausibles se empiezan a mostrar parciales e insuficientes, con lo que se hace imprescindible repensar teorías, dispositivos y formas de construcción de subjetividad.

La hipótesis que desarrollo indica que tanto desde lo social, como desde lo familiar y lo

individual, la "adolescencia" es masivamente desapuntalada, no pudiendo operar ni como referente para resignificar las experiencias que el joven transita, ni como espacio complejo que permita intercambios, oposiciones, confrontaciones generacionales y sociales. *Es el momento de los adolescentes sin adolescencia, el momento de los adultos sin adultez, de los hombres sin masculinidad, de las mujeres sin femineidad, de una subjetividad sin aparato psíquico como continente suficientemente estable.*

Para los jóvenes de hoy **la adolescencia es una estructura de vacío** que despierta una ansiedad insoportable porque se ha transformado en un espacio sobre el cual no pueden pensar, en el cual no pueden transcurrir, al cual no pueden conquistar. Asimismo la adultez, lo masculino, lo femenino y lo paterno-materno se estructuran también como estructuras de vacío, por un fracaso generalizado de la capacidad de investimento social del conjunto societario. Es el comienzo de las políticas tanáticas y de extinción que describo minuciosamente en *Opening the Debate about Ageing Society*, Editorial Springer, 2022.

Se consolidan de esta manera diversos desgarros que hacen fracasar la constitución de una distancia óptima por lo que todo está ausente o está presente, todo está fusionado o hiperdiscriminado, sin que se pueda pensar desde lo ausente. La falta de situaciones intermediarias o negociadoras hace que estos jóvenes y sus padres, estén saturados de cosas y a su vez –paradojalmente- sin nada, porque todo pasa por el filtro pertinaz de la pregunta sobre cómo conservar aquello que está, pero que es evanescente: el padre, la madre, el hermano, un amigo, lo social.

Es el momento de nuevas patologías, nuevas subjetividades, nuevas tecnologías en psicoterapia, lo que implica el desafío de apostar a paradigmas complejos y complejizantes. A partir de aquí el libro propone una serie de configuraciones psico-sociales nuevas: "estructura de padres agobiados"; "estructura de adultos desconcertados"; "clase media empobrecida"; "escena congelada y de enhebramiento"; "inminencia irreversible de la exclusión-expulsión"; "patologización de los espacios transicionales"; "sociedad escasa".

En estas nuevas configuraciones es necesario insistir en la preeminencia del orden de lo precario, situación que aparece en tres registros: social, familiar y a nivel de la subjetividad. A nivel social implica la extrema fragilización de las condiciones de trabajo y estudio (transformados neoliberalmente en *mercado* laboral y de estudio), que pasan de representar condiciones de seguridad y continuidad a estar definido por lo amenazante. Esto amenazante implica una sensación de incertidumbre permanente donde situaciones *inquebrantables* se comienzan a *quebrantar*. Quizás se relacione a lo que Beck (1997) llama sociedad de riesgo, pero preferiría relacionarlo con el hecho de que en la modernidad keynesiana lo precario era una figura transitoria y accidental, mientras que desde el neoliberalismo y la sociedad desconcertada se ha vuelto un rasgo que predomina, pasando a ocupar en cambio, un lugar

exiguo aquello que asegura y tranquiliza.

La precariedad a nivel familiar implica el desmoronamiento de lugares diferenciados y roles complementarios a favor de estructuras de aglutinamiento y sospecha y reclamos, donde lo paterno remite a lo ausente y lo materno a lo acusador, quebrándose un pacto de confianza imprescindible, al que se puedan ir sumando y articulando nuevos elementos. El espacio familiar se comienza a poblar de secretos, situaciones confusas, actitudes de exclusión. La familia se transforma en un lugar de enigma para sí misma, ya no encontrándose sentido en la descendencia. El lugar del ancestro, la tradición y el legado entran en franco declive y cuando las parejas piensan en tener hijos, más que alegría y expansión narcisista, lo que sienten es agobio, agotamiento y deudas interminables a afrontar.

Se impone así un imaginario que denomino sociedad escasa, por el cual para que pocos estén incluidos muchos deben mantenerse excluidos. Los padres están desconcertados, los profesores están atontados y en proceso de sospecha (no hay que desestimar el importante lugar que ocupa la paranoia desatada en todos estos procesos), los hijos, niños y adolescente, deambulan como zombies en situación estructural de “orfandad” nómada.

Ser adolescente se transforma así en un problema y una situación de urgencia, por la cual no se sabe muy bien *qué hacer* ante el mismo. Este drama confluye en lo que presenté como desvanecimiento del orgullo familiar. El orgullo familiar hacia el hijo adolescente refiere a una cualidad emocional poco descrita, en relación a una expectativa de que aquél desatienda mensajes familiares tradicionales, ocasionando un tiempo de ruptura desde el cual sostener un proyecto alternativo y personal. Los hijos hoy ya pocas veces despiertan orgullo alguno, sino más bien impaciencia e intolerancia. A pesar de toda la propaganda “amable” de lo educativo, las instituciones educativas y de salud, siguen funcionando a predominio de lo instituido, donde se médica, se expulsa o se hacen los distraídos.

La adolescencia ya no se resuelve en instancias de negociación, como es propio de la moratoria de Erikson, sino en una exigencia de endeudamiento atormentante que se cronifica y eterniza. La experiencia de los estudios es *deber* materias, la experiencia de lo familiar es *deber* lealtad, la experiencia de lo cotidiano es *endeudante*. Las cosas se experimentan en términos de tormento, agobio y recelo, por lo que la experiencia del adolescente como conquistador, jubiloso y explorador se opone a la del adolescente como raro, avergonzado y aislado.

Así, el aparato psíquico pasa a constituirse también según el modelo de una máquina, por prevalencia del punto de vista económico. Es una subjetividad que se ve a sí misma en términos de incremento de la tensión de necesidad o descenso de la tensión de necesidad. Lo neurótico, la formación de compromiso, el síntoma se substituyen por experiencias de lo ominoso y lo extraño.

Esta nueva configuración de subjetividad, es la que llamo *subjetividad crisálida*, donde basta un poco de conflicto y complejidad para que todo se deshaga y la gente ya no razone, entre en ataques de pánico, depresiones incontrolables y angustias masivas. Se trata pues del declive del aparato psíquico, descrito por Freud, como modelo estructural de la mente. Y por ende, la imposibilidad de la tolerancia a la frustración, la capacidad ligadora-desligadora del preconscious y los logros negociadores del Yo. Ni Yo ni preconscious, solo un SuperYo, megalomaniaco y totalmente loco, un superyó exacerbando los cimientos de la exigencia para luego retirarse al rincón y ya no exigir nada.

Una expresión del aparato psíquico en declive es que se substituyen estructuras que se basan en el conflicto, por otras que se basan en el consenso o la sentencia. Así junto al SuperYo megalomaniaco, se constata una actividad extraordinaria de un yo ideal hiper-exigente, que tras la exigencia severa termina sin embargo, por desfallecer en la desilusión masiva (Klein, 2006).

Una expresión o un correlato de la subjetividad crisálida es la *subjetividad de borde*: estos jóvenes (como el mundo adulto) *ya no transcurren en experiencias de pasaje sino de borde*. Se habita en el *borde* de las instituciones, en el borde de la familia, en el borde del amor, en el borde de la terapia, pero no *dentro* de las instituciones, la familia, el amor, la terapia. Los adolescentes se parapetan en los bordes de la adolescencia, sus padres en los bordes de la adultez. *Es pues, una política de supervivencia*.

Por eso es insuficiente hablar de la adolescencia como del pasaje de endogamia a exogamia, de que los padres no abduquen, del movimiento intra familiar al afuera familiar, resolución edípica, de la moratoria, de los duelos o del júbilo. Descriptores adecuados para otras subjetividades, pero muy difícil de encastar a estas que la cotidianidad y la clínica nos están presentando. Situémonos en el terreno terapéutico: una parte del joven estará atenta al *adentro de la sesión*, mientras que otra lo estará a un *afuera* del cual no se pueden desprender totalmente. Parece pues prudente revisar qué entendemos por encuadre, sesión, timing e insight y por eso el libro propone nuevos dispositivos (*abrochamiento, injertamiento*), para reconfigurar los procesos de "entrada" y "permanencia" en lo terapéutico.

Finalmente, permítaseme recurrir a la última reflexión del libro. Una en que se indica que el neoliberalismo es una "bomba de tiempo". 15 años después lo mismo pienso de esta *sociedad desconcertada*: "Desde la cotidianidad, los vínculos, los entramados sociales, "explotan" en distintas formas de anomia, conductas graves, violencia extrema, drogadicción u otras. De allí que no es poca cosa preguntarnos sobre qué tipo de sociedad estamos creando, acentuando nuestra responsabilidad al respecto. Al mismo tiempo me interrogo qué implica esta situación desde la asistencia social, los sistemas de salud y salud mental y educación: ¿cómo debemos modificar y adaptar esos modelos y prácticas de trabajo?. Otro desafío se refiere al psicoanálisis: sus tipos de intervención y los esquemas

formativos que privilegia, por momentos tan alejados de lo que es esta realidad social...Pero la "explosión" no es sólo a la luz del día. Hay otra que es subterránea. Acostumbrados a pensar lo dramático en términos de violencia, de pobreza extrema, de actos trágicos, perdemos la perspectiva de que lo dramático no siempre surge de forma apabullante y abrumante. Hay otro drama referente al día a día, a pequeños gestos, a conductas que se van tolerando y marcando diferencias en relación a usos y costumbres que se tanatizan cada vez más. De todo ésto es lo que hablo en las páginas precedentes. Por eso, sin ánimo de ninguna perspectiva apocalíptica (que personalmente repudio), digo: Lo peor está aún por llegar".